

GIL CARLOS RODRÍGUEZ IGLESIAS

Entre 1994 y 2003 presidió el Tribunal de Justicia de la UE.

Ningún otro español ha estado tanto tiempo al frente de una institución internacional del más alto rango

Un jurista de enorme prestigio

ARACELI MANGAS MARTÍN

El pasado día 17 de enero falleció en Madrid Gil Carlos Rodríguez Iglesias, quien fuera juez del Tribunal de Justicia de la Unión Europea (1986-2003) y su presidente entre 1994 y 2003. Dieciocho años en la institución que más ha contribuido a la integración real de los europeos. Ningún español ha estado tanto tiempo en una institución internacional del más alto rango y al frente de ella.

Este asturiano (Gijón, 1946), que estudió en la Universidad de Oviedo, llegó a la cúspide judicial europea por sus propios méritos a los 40 años. No por pertenecer a ninguna formación política y aprovecharse de los beneficios del clientelismo partidario como se ve tantas veces. Nadie le regaló nada.

Tras licenciarse en Derecho en 1968 por la Universidad de Oviedo, estuvo varios años en la Universidad alemana de Friburgo. Ya doctorado, y de la mano del maestro Manuel Díez de Velasco, prosiguió su carrera profesional en la Universidad Complutense de Madrid (1974-1982), con larga estancia posdoctoral en el Instituto Max-Planck de Heidelberg.

En 1982 logró la Cátedra de De-

recho Internacional Público de forma competitiva –como se lograban antes, y no ahora por correspondencia rellenando casillas–. Tuvo un paso muy breve por la Universidad de Granada, apenas tres años; no obstante, el más fructífero de España pues dejó sembrada esa universidad –y luego las de Almería, Jaén y Cádiz– de discípulos de alta calidad.

En 1986, España ingresó en las Comunidades Europeas. El Gobierno de Felipe González buscó enviar a los universitarios más brillantes de los cuerpos del Estado o de fuera de ellos para poblar las instituciones europeas con lo mejor de la España constitucional. Gil Carlos Rodríguez era el jurista español con un conocimiento refinado del complejo Derecho comunitario. Además, dominaba el francés (el Tribunal sólo delibera en esa lengua), el inglés y el alemán a la perfección.

En la cumbre judicial europea, ya fuera como ponente ya como presidente, influyó en grandes sentencias que han cambiado el rumbo del Derecho en el mundo. Baste recordar la *sentencia Francovich* que inició el principio de la responsabilidad patrimonial del Estado por incumplimiento de normas de la UE. O los fallos que darían un giro espectacular a la tutela judicial efectiva de los derechos, incluida la suspensión cautelar de leyes de poderosos parlamentos nacionales. En una situación de urgencia, conforme a los tratados –sin necesidad



EFE

de reunir el Pleno–, ordenó al presidente de Alemania suspender una Ley federal a fin de proteger los derechos de las personas (transportistas).

Rodríguez Iglesias era un hombre extremadamente educado, prudente y discreto. Un hombre tranquilo e íntegro. Consciente de la trascendencia de su labor judi-

cial, no era dado a cultivar los medios de comunicación ni la vida política interna. No volvía a España para *pastorear* con políticos y buscar acomodos para su futuro. Era un jurista muy apreciado fuera de nuestro país y tuvo innumerables distinciones de los mejores colectivos de juristas y de instituciones públicas en el Reino Unido,

ENRIQUE DE ORLEANS

El Conde de París estaba considerado como rey de derecho por un gran sector de los monárquicos galos, enfrentado a los legitimistas que respaldan las aspiraciones de Luis Alfonso de Borbón. Jefe de una de las dinastías más importantes de Europa, era un aristócrata bohemio y muy polémico

Aspirante al Trono de Francia

EDUARDO ÁLVAREZ

Pese al descrédito de los partidos tradicionales y del creciente malestar ciudadano que se manifiesta en fenómenos como el de los *chalecos amarillos*, no parece que los franceses estén en su mayoría deseosos de cambiar de régimen. Si acaso, hay quien plantea dar por finiquitada la Quinta República para alumbrar la Sexta. Pero, con todo, no faltan monárquicos en el país galo. No en vano es la patria de algunas de las dinastías más importantes de Europa. Y desde hace décadas varias se disputan los dere-

chos a un Trono hoy inexistente que sigue siendo codiciado objeto de deseo para quienes pertenecen al exclusivo club de la sangre azul.

Enrique de Orleans, Conde de París, estaba considerado como el rey de derecho de Francia por una facción muy importante de los monárquicos galos. No así por los llamados legitimistas, que abrazan la causa de Luis Alfonso de Borbón, bisnieto de Alfonso XIII y de Franco. El jefe de los Orleans falleció el lunes, a los 85 años, en París. La suya ha sido una muerte totalmente inesperada. De hecho, ocurrió poco después de que empezara a encontrarse mal mientras se preparaba para asistir a una misma conmemorativa del 226 aniversario de la muerte en la guillotina de Luis XVI de Francia. Qué cosas. A aquella ejecución contribuyó uno de los antecesores del actual finado, el duque Felipe de

Orleans. Pasado y presente engarzados por la Historia.

Enrique de Orleans era hijo del anterior Conde de París, llamado igualmente Enrique, y de Isabel de Orleans-Braganza, princesa imperial de Brasil. Nació en 1933 en Bruselas. Su familia se encontraba en el exilio, ya que una ley de finales del siglo XIX impedía a ningún aspirante al Trono pisar suelo francés. El aristócrata vivió su niñez y adolescencia en varios países, incluida España, con una larga residencia en Pamplona. Todo cambió en 1950, cuando las nuevas autoridades galas invitaron a sus príncipes desperdigados por el orbe a instalarse de nuevo en París. En especial, a Enrique de Orleans, que por esa época era quien más opciones contaba para ser coronado en caso de una restauración monárquica que se barajó serenamente a lo largo de aquella década.



AFP

Tan es así que el general De Gaulle bendijo el matrimonio del *del fin* –príncipe heredero– Enrique –quien participó en la guerra de Argelia y sirvió varios años en la Legión Extranjera– con la princesa alemana María Teresa de Württemberg. Fue aquella una gran boda real casi de Estado, celebrada en 1957, con la que se pretendió un acercamiento

Alemania, Italia, Francia, Estados Unidos, Irlanda, Grecia y otros muchos países.

Aquella generación de españoles de la Transición, que daría proyección e influencia internacional a España hasta el siglo XXI, fue una excepción en nuestra Historia. Hemos vuelto a desdeñar los méritos de las personas preparadas por culpa del clientelismo de los partidos o del secular dominio de los *linajes* familiares. La falta de igualdad de oportunidades por origen socio-económico y vinculación política condena a la muerte civil a lo mejor de España. Ese clientelismo ha contribuido al declive internacional y europeo de España y a su mediocre clase política interna.

Cuando Rodríguez Iglesias regresó a España en 2003, ninguna institución política española fue capaz de poner al servicio de nuestro país su capital jurídico y de reconocimiento internacional. Al menos la Universidad Complutense de Madrid le ofreció volver a sus aulas en un concurso de traslado. Hoy ni tan siquiera sería posible algo así frente a los chusqueros –atrincherados sin enseñar ni investigar, y sin competir– en la decadente universidad española. Incluso años más tarde un ministro no diplomático de Asuntos Exteriores de Rajoy se permitió ser despectivo con el español que más prolongada presencia e influencia jurídico-internacional ha tenido España.

A Europa, a sus compañeros y amigos, a sus discípulos, siempre nos quedará la satisfacción de la integridad de un ciudadano ejemplar de España.

Gil Carlos Rodríguez Iglesias, jurista, nació en Gijón el 26 de mayo de 1946 y murió en Madrid el 17 de enero de 2019.

entre Francia y Alemania todavía con los rescoldos humeantes de la Segunda Guerra Mundial. Ninguno de los contrayentes estaba enamorado, pero eso era otro cantar. De aquella unión nacieron cinco hijos –dos, incluido el primogénito, con graves deficiencias mentales–. El matrimonio se divorció en 1984. Y poco después Enrique de Orleans se casó con Micaela Cousiño y Quiñones de León. Aquello enfureció al Conde de París, quien se vengaría desheredando a su sucesor.

A la muerte de su padre, en 1999, Enrique se convirtió en el nuevo Conde de París y jefe de la dinastía. Desde entonces, ha mantenido una incansable batalla contra las pretensiones de Luis Alfonso de Borbón. Aristócrata bohemio, polémico y muy amante del arte, no dudaba en coquetear con la política y en apoyar, por ejemplo, a Fillon en las últimas presidenciales. Le sustituye como jefe de la Casa Real su hijo Juan, duque de Vendôme.

Enrique de Orleans nació el 14 de junio de 1933 en Woluwe-Saint-Pierre (Bruselas, Bélgica) y murió el 21 de enero de 2019 en París.